

Santiago, 4 de Febrero de 1967

Muy estimado Manuel Rojas:

Tal vez sea conveniente comenzar esta carta diciéndole que recibí la suya de 20 de octubre, en la cual me informa Ud. que Patas de perro quedó en una editorial de Moscú, etc. De acuerdo con su consejo no le he escrito aún a doña Nina Bulgakova para noticiar me... puedo esperar, toda mi vida he pasado esperando y ahora veo que esto no ha sido del todo desagradable, ya que he tenido tiempo para escribir un poco. Le agradezco todas estas gestiones tan espontáneas e inesperadas. Le agradezco asimismo su permiso para insertar como prólogo su estupendo comentario de la revista Eva, lo que reservo para una posible tercera edición.

Pero no quería hablarle de esto en estos momentos sino de la intervención suya en Ercilla. Me doy perfecta cuenta de la enormidad afirmada por Ud., de su noble y casi cancerosa exageración. A ratos conmigo mismo he pensado que Ud., en su soledad (esa soledad rodeada de silencio es la imagen que desde muy joven tuve de Ud., eran los años en que estudiaba leyes en la casa central de la universidad, y lo veía a menudo perderse en los pasillos, salir o entrar al taller de la imprenta y en mi admiración callada lo identificaba con la soledad, esa reconcentrada fuerza), desde hace más de un año viene inventando -a costa mía- a un gran escritor a su imagen y semejanza, y esto no es raro porque Ud. ha sido capaz de transformar a un ser pequeño, indefenso, impresionantemente frágil, como Laguna, en un verdadero héroe. Digo héroe y me corrijo de inmediato. El héroe es falso, es una imagen aséptica, industrializada, capitalista, opiosa, didáctica de la grandeza humana, el ser vencido y débil, pero no entregado, vale más para los fines del arte, sólo el antihéroe -el ser más solitario del mundo- que tiene que enfrentarse con todos, incluso con su propia debilidad. Qué colección de seres derruidos hay en la obra de Manuel Rojas, desde el ladrón fracasado hasta el cómico fracasado y siempre cuánta grandeza en ellos, una conmovedora grandeza de extramuros, de segunda mano, carcomida por las circunstancias y el destino.

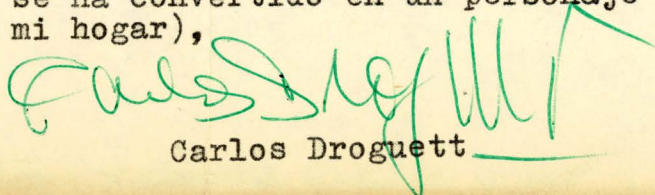
Sucesión Manuel Rojas

Su opinión tiene para mí, si no visos de verdadera, por lo menos de estímulo, de golpe vitamínico que me obliga a correr vertiginosamente tras esa sombra grandiosa que se me escapa y que Manuel Rojas dice que soy yo. Veremos si puedo, Ud. afirma que sí, veré si puedo. Con toda humildad le confieso que tiene para mí una más íntima importancia su opinión porque creo, aunque puedo equivocarme, que aun no he logrado publicar lo que me parece es lo mejor que he escrito. Ud. sabe, como yo lo sé, que nuestra América española atraviesa por una etapa radiante en su literatura, nacida de la situación inferior, injusta criminal en que se mantiene a todos nuestros pueblos, desde el pelado hasta el roto. Si alguna vez ha de comprender el mundo del futuro al régimen de ignominia social en que yacen estas tierras no podrá negarle un elogio: esta abyección ha permitido que América plasme un arte de extraordinaria calidad nacido desde la raíz sangrienta de sus propios despojos. La gran novela americana, como la gran pintura americana, no tendría explicación sin el sufrimiento del que nosotros los escritores -según nuestras fuerzas- somos pávidos o impávidos testigos.

Por todo esto, estimado Manuel, le doy, tengo que darle la importancia que se merecen sus palabras generosísimas, convertidas ya en una portentosa reiteración.

Me habría gustado expresarle mi agradecimiento personalmente, pero Ud. es un hombre de difícil acceso; por lo demás, no deseo hacérmelo pegajoso cuando estoy viendo, y tornando a ver, que Ud. tiene demasiado presente mi imagen magníficamente falseada de escritor.

Reciba mis más afectuosos saludos, míos y de mi familia (pues Ud. se ha convertido en un personaje invisible, pero siempre presente, en mi hogar),



Carlos Droguett

Bfo Bfo 1151  
teléfono 569587